

0  
C. a 277 no 24 x  
Z/13446  
REAL SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE  
DE AMIGOS DEL PAÍS

# MEMORIA

LEÍDA EN EL SOLEMNE

REPARTO DE PREMIOS A LA VIRTUD

CELEBRADO POR ESTE REAL CUERPO

EL DÍA 6 DE JUNIO DE 1909

*por el Secretario del Jurado*

**Ilmo. Sr. D. Manuel de Saralegui y Medina**



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

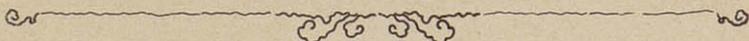
TELÉFONO NÚMERO 551

1909





REAL SOCIEDAD ECONOMICA MATRITENSE  
DE AMIGOS DEL PAÍS



# MEMORIA

LEÍDA EN EL SOLEMNE

REPARTO DE PREMIOS A LA VIRTUD

CELEBRADO POR ESTE REAL CUERPO

EL DÍA 6 DE JUNIO DE 1909

*por el Secretario del Jurado*

**Ilmo. Sr. D. Manuel de Saralegui y Medina**



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

TELÉFONO NÚMERO 551

1909





SEÑORES:

DECÍAMOS AYER, pudiera yo repetir sin pecar de exagerado, al comenzar la lectura de este escrito, que es mezquina introducción á gran solemnidad. Porque fué ayer y no más lejos, cuando en análoga ocasión á la presente y dejándome influir por legítimo entusiasmo, hube de exclamar sugestionado por el poder de una labor hermosa, que: «LA ECONÓMICA MATRITENSE, la sociedad que al tocar los linderos de la ancianidad, apenas si dispone de lo indispensable para cubrir decorosamente sus más apremiantes necesidades, no bien alienta en sus agonías y siente leve calor en la sangre de sus venas, abre los brazos á las nobles y levantadas manifestaciones del espíritu popular, olvida sus cuitas ante la cuita ajena, renuncia á la justa consideración del propio mal, y... ya lo veis: ella, la débil, la inútil, la necesitada, no reserva nada para sí, lo cede todo, y se envanece al repartir premios al heroísmo, á la honradez, al amor y á la lealtad.

»Si alguno sobra... bien lo tiene ella misma merecido, que si la dádiva del rico es siempre meritoria, la del pobre tiene siempre penetrantes aromas de virtud.»

Y á fe que no podía yo suponer al razonar así, que tan pronto hubiera mi torpe labio de importunar nuevamente, vuestro

oído, para invitaros, segunda vez, á celebrar la nobilísima tendencia y los generosos alardes de esta patriótica corporación, que, hoy como entonces, sacando fuerzas de flaqueza, entusiasmo de su abandono, ofrendas de su estrechez y consuelos de su propia pesadumbre, logra hacerse superior á sus tristes circunstancias y, rindiendo homenaje á la bondad heroica, busca la más desinteresada de las satisfacciones en el remedio del ajeno mal y del dolor ajeno, siempre guiada, dirigida siempre, por las antorchas de la caridad.

Y, conste, que no sin razón, y aun menos por acaso, insisto con verdadera terquedad en esto de ponderar las estrecheces y amarguras que son duro contraste de nuestras liberalidades y festejos, porque... no pretendamos engañarnos disfrazando la verdad con argumentos convencionales y convencionales eufemismos.

Estamos solos... solos... absolutamente solos, y sin que llegue, tal vez, á la veintena la exigua agrupación de los que sin tregua trabajamos.

Cándidos por exceso de buena fe ó por candidez ilusos, nos agitamos en el vacío, derrochamos nuestras energías sin recompensa ni esperanza, y ni logramos jamás que los poderes públicos nos cobijen protectores, ni que los favorecidos, en cualquier orden de ideas, por la Diosa ciega, nos presten jamás el consejo de su ciencia ni nos conforten aquí con su calor.

Cierto que muchos de sus nombres honran y nutren nuestras listas; cierto que sus modestas cuotas son seguro ingreso en el caudal social; pero cierto, también, que ni eso basta al fin que perseguimos, ni ello puede colmar nuestro deseo, ni debe, en suma, compendiar una misión. Porque si bien es el dinero un elemento material de vida, más que preciso, absolutamente indispensable al desarrollo y á la prosperidad de todas las empresas, la unión de muchos, el esfuerzo unánime, el auxilio mutuo, el trabajo recíproco y la oportuna compenetración de linajes, iniciativas y caracteres en el íntimo comercio de una acción común, es lo que identificando los intereses de clases é

individuos, fomentando afectos y estrechando lazos de sincera estimación, da saludable vigor á las corporaciones populares, justifica y defiende su influencia en todas las esferas, y hasta consagra, en muchas ocasiones los esplendores de su respetabilidad.

Así se explica que aquellos entusiasmos de mi oración primera no hayan podido, en modo alguno, persistir; y por eso las esperanzas que formaban su cortejo como heraldos de afortunada regeneración y de opulentísima prosperidad, fueron solo fantasmas y visiones del deseo, rayos no más de efímera alegría, juegos de luz, que al disipar su brillo, dejaron más patente y más intenso el desamparo de nuestra soledad.

Y así seguimos y en tal estado laboramos; y cuando en nuestras sesiones ordinarias resuenan los elocuentísimos acentos de los AMIGOS DEL PAÍS, ansiosos de cooperar al bien de todos, de trabajar sin ambiciones, de responder á su historia y de cumplir honradamente su deber, parece como que se acentúa el ambiente glacial que rodea á nuestra casa; como si debiera rebelarse la voluntad y protestar airada ó como si ante los desplantes de la injusticia y los desaires de la indiferencia, debiéramos ceder en nuestro empeño, confesar nuestra impotencia y... morir, como muere el Sol en el ocaso, como muere en el mundo el hombre grande, que es vivir sin prestigio un fardo enorme y el arrojarlo á tiempo suele ser felicidad.

Yo no sé el concepto que os merecerá esta franca confesión de mis hondos desengaños; no sé si es prudente ó no el exponerla en público, si atino ó yerro al proclamar mi desfallecimiento ante la persistente orfandad de esta ilustre agrupación á quien rindo mis amores; pero lo que sí sé á ciencia cierta y porque lo sé lo afirmo, es que yo retrato, como en espejo fiel, á la verdad desnuda; que no hay en mis palabras vislumbre de fingimiento ni asomo de exageración; y que cuando á raíz de mi anterior discurso, escuché aquellas sinceras lamentaciones de mi entrañable amigo y celosísimo colaborador D. Faustino Prieto y Pazos, estampadas en un primoroso folleto relativo al

complicado problema que representa en Madrid la *extinción de la mendicidad*: cuando le oí decir que: «Al comparar aquellos viejos tiempos con los presentes, sentimos encenderse nuestro rostro de sonrojo, pues el simple relato de los hechos es la más dura acusación fiscal contra la vida lánguida y mezquina de la actual SOCIEDAD ECONÓMICA MATRITENSE, considerada en las esferas oficiales y menospreciada por sus mismos individuos que, sin causa ninguna que lo justifique y sólo por el más punible abandono, dejan de cumplir los deberes reglamentarios, sin concurrir á las sesiones ni tomar parte en la vida social, más que á plazo fijo, cuando sólo se trata de servir intereses personales ó de satisfacer ambiciones más ó menos legítimas», cuando lo escuché, repito, sentí más que la impresión de nueva luz, la obscuridad de las tinieblas, más que el temor á un difícil porvenir, la negación de toda vida, y al arrancar de ante los ojos el sonrosado cristal de fingidas ilusiones, surgió la triste realidad con inercia incontrastable y suficiente á embotar las energías y enfriar los ardimientos y á rendir la voluntad no ya de quien, como yo, es en todo y para todo la propia insignificancia, sino los vuestros, nunca en cabal medida ponderados, ni agradecidos, jamás en proporción.

Cuenta—se me dirá como yo mismo lo he dicho muchas veces—que la presente crisis de esta ECONÓMICA, lejos de constituir un estado extraordinario con ribetes de excepción, es el fruto ó resultado natural de las condiciones en que se ha desenvuelto su existencia; que las matronas por demás fecundas, fenecen, casi siempre, castigadas por el cansancio de su misma fecundidad; que la ingratitude y el alejamiento de los hijos, son calamidades conocidas y, de ordinario, por los padres descontadas; y que así como las Repúblicas de América, no tienen—aunque otra cosa se propale—más que frío desdén y displicente desamor para la vieja España, así también esta ilustre MATRITENSE no ha de cobrar más que desdén y desamor, y frialdad y displicencia, en los hogares desprendidos

de su hogar como testigos permanentes de su espíritu creador. Verdad, todo verdad, y verdad siempre desconsoladora, por mucho que sea justo reconocer que algunos de tales hechos ni pueden ser más que accidentes puramente circunstanciales, ni, aunque se repitan, alcanzar nunca la categoría de ejemplares de una ley.

Dad, en efecto, al hombre y á la Corporación y al pueblo y á la raza, la indiscutible certidumbre de conquistar abrojos á cambio de favores y enemigos á cambio de bondad, y habréis trastornado los ejes sobre que gira el Universo, cercenando sus alas al progreso y apagando la luz del porvenir.

Porqué... ¿cómo pedir al hombre constancia en el trabajo y heroísmo en el valor: cómo exigirle privaciones y generosidad, perseverancia y abnegación, y fe ante lo desconocido y arrojo ante las amenazas, y altruísmo y amor, y sacrificios y enseñanzas, y filantrópico desinterés, si sólo ha de alcanzar ingratitude y negaciones y desvíos y olvido injusto que es careta del rencor?

El imponerlo, fuera siempre cruel abuso, servilismo el someterse sin protesta y el aceptarlo en tal guisa, un acto ruin.

Por eso, porque no queremos declararnos pesimistas ni reconocer nuestra situación presente como obligada consecuencia de nuestra honrosa laboriosidad; porque no consideramos llegado el momento de quemar las naves de nuestras esperanzas ni renunciamos totalmente á conseguir nuestra difícil pero merecidísima rehabilitación, es por lo que realizamos este solemne acto de vida y de presencia, repartiendo consuelos á la desgracia y recompensa y aplauso á la virtud, que el egoismo no existe en esta casa cuyo lema es enseñar y socorrer.

Y si para perseverar en nuestra obra necesitamos fingir el fin de nuestras amarguras, ansias de vida y deseos de triunfo, finjamos con sana intención, que la intención absuelve; trabajemos ansiosos cual si el éxito feliz se tornase nuestro siervo; enseñemos á los rebeldes descorazonados—ya que el enseñar es nuestro oficio—que querer es poder, y que pocas, muy

pocas veces, sucumbe la voluntad si es bien templada; y glorifiquemos, por fin, nuestra gestión, repartiendo un día y otro día el socorro en nuestro nido, bien seguros de que así como NO SON MÁS PIADOSOS LOS QUE HABLAN MÁS DE DIOS, SINO LOS QUE LE OFENDEN MENOS (1), así no son más generosos los que más vociferan caridad, sino los que más y mejor la predicán con su ejemplo.

Posible es que ni aún así consigamos la victoria; que nuestro afán se resuelva en paliativos incapaces de vencer la cronicidad de la dolencia, y que si—por ventura—algo granjeamos, sea tan sólo y en concepto inestable una burla del destino, algo así como la mejoría de la muerte, cruel esperanza que padecen los enfermos; pero si tal se da, si hemos de ver arruinarse en nuestras manos el venerable solar que fundó Carlos III, siempre nos quedará el orgullo—sí, el orgullo—de haber agotado los procedimientos y recursos, para responder á una misión que aceptó la voluntad con halago del espíritu.

\*  
\* \*

Reanudaba la ECONÓMICA MATRITENSE sus tareas anuales en Septiembre de 1860, cuando le fué presentada por uno de sus socios más distinguidos, el Sr. D. Pedro Felipe Monlau, una razonadísima moción en la que, influido por el caritativo ejemplo de otras sociedades hermanas, proponía el establecimiento en la benemérita á que pertenecía, de la periódica repartición de PREMIOS Á LA VIRTUD, con arreglo á las prudentes bases que en la propia moción se reseñaban.

Cierto que la situación financiera de la MATRITENSE no era á la sazón, ni muchísimo menos, tan próspera y desahogada como fuera necesario para poder hacer frente sin apuros á los nuevos compromisos que la creación y reparto de tales pre-

---

(1) Concepción Arenal.

mios imponían; pero como quiera que en ella se contaba siempre con el generoso entusiasmo de sus individuos, y como quiera que siempre se había visto auxiliada en sus filantrópicos empeños por los estímulos y las dádivas de altísimas personas y de corporaciones respetables, no se aceptó más discusión con el motivo que recuerdo, que la absolutamente indispensable para perfeccionar las prevenciones reglamentarias que habían de garantizar, en todos casos, la sensata y equitativa distribución de los galardones que se proyectaban.

Ultimados los estudios á fines de Octubre y con aquella plausible actividad que es factor importantísimo de la eficacia de las cosas, se determinó solemnizar con el primer reparto —en 23 de Enero de 1861— la fiesta del entonces Príncipe de Asturias y después nuestro protector, el malogrado Rey Alfonso XII.

He repasado el programa de aquella simpática solemnidad que tuvo reproducción fiel en años sucesivos y bien puedo aseguráros que no sé ciertamente si fué de dolor ó de placer la impresión que me produjo.

Alternando con los premios, cuyo importe sufragaba el modestísimo fondo común, figuraban los de la Casa Real, los del Ministerio de la Gobernación y los del Ayuntamiento de Madrid; y como si hubiera presidido el sensato propósito de quitar al acto cierto sello de exclusivismo oficial que pudiera limitar el alcance de su verdadera significación, el Banco de España y el Crédito Mobiliario Español, opulentos depositarios de la riqueza pública, se honraban y nos honraban con su desinteresada cooperación, que nunca puede estar suficientemente agradecida.

Después de aquélla, tuvieron efecto otras seis distribuciones, sin fecha fija ni período establecido; pero pasó el tiempo, el entusiasmo se enfrió, se subdividieron en cien otras atenciones los auxilios oficiales, se desconoció nuestra importancia, se olvidó nuestra historia, y... ya lo veis: hoy los premios son nuestros, absolutamente nuestros, siendo muy digno de notar-

se el que ni aun en tal forma hubieran podido subsistir, por no dar margen á ello la desconsoladora penuria que desde hace mucho padecemos, á no haber acudido en socorro de nuestras buenas intenciones la espléndida generosidad de los señores D. José Puig y Suñer y D. Luis García Martín, que en Mayo de 1894 y en Enero de 1895, respectivamente, depositaron en manos de esta Sociedad los capitales con cuyos intereses se nutren hoy exclusivamente los fondos que en su nombre venerado solemos repartir.

A ellos sois deudores, pues, en primer término, vosotros los virtuosos y los necesitados, de los socorros que vais á disfrutar; á ellos debéis tributar, casi por entero, el homenaje de vuestra gratitud; y si algo os queda, reservad en todo caso para esta honorable Corporación, que administra con pulcra religiosidad y en provecho vuestro, los caudales que sus miembros la legaron, aquella cariñosa consideración que es noble recompensa del cumplimiento desinteresado de un deber bendito.

\*  
\* \* \*

Cuatro son las categorías, y dentro de cada una, dos los premios, todos de igual importancia, que se propuso repartir la Matritense en la simpática festividad que aquí nos congrega en esta noche. Aunque no tan numerosas como en el año 1907, en que realizamos el anterior reparto, no ha sido ciertamente escaso el contingente de las denuncias presentadas, y si se exceptúa el primer grupo, para el que únicamente ha sido recomendado un sólo aspirante, bien se puede asegurar que en ésta como en todas las ocasiones semejantes que la precedieron, la concurrencia á nuestras benéficas distribuciones, no obstante la prescripción reglamentaria que de modo radical las reduce y las limita al imponer como indispensable la condición de haber sido realizadas en Madrid ó su provincia

las acciones meritorias á que se conceda galardón, es siempre mucho más nutrida que en los certámenes que celebran otras Corporaciones con análogas tendencias y campos de operación mucho más dilatados que los nuestros.

Circunstancia feliz que no puede menos de halagarnos y enorgullecernos, pues que ante el desvío de los más, constituye un consuelo fortalecedor é inestimable la compañía de los virtuosos necesitados.

Tal vez la misma consideración de nuestras estrecheces y el convencimiento de la honrada obligación que satisfacemos al distribuir unos fondos que, á favor de pretextos especiosos, bien pudiéramos distraer en beneficio de nuestra casa empobrecida, sean alicientes poderosos que llamen á nuestro seno á los que, por ejercer el bien, como ordinario oficio, saben apreciar su valor en todos casos y buscan confiados su bienhechor amparo, á la manera que lo buscaban en el propio hogar, en el modestísimo, aunque como el primero ilustre, que hoy amoroso les cobija, alentándoles á proseguir por la emprendida senda de privaciones, sacrificios y trabajos, de que bien puede dar alguna idea la siguiente desaliñada relación con que me propongo distraeros.

### **Primera categoría.—Heroísmo y abnegación**

Era el día 11 de Febrero del año actual.

A las cuatro de su tarde, hora en que, como sabéis, es más nutrida y pintoresca la aglomeración de gentes en el centro de Madrid, y, muy especialmente, en la calle de Sevilla y sus alrededores; apareció, causando la natural alarma, traducida en gritos y carreras de señoras y niños, y en justificadísimo recelo de cuantos lo notaron; un perro hidrófobo que por entre aquella impresionada multitud se dirigía á penetrar en el café Inglés, lleno á la sazón de público tranquilo y entre el

cual hubieran sido, sin duda alguna, incalculables las desgracias producidas por el furioso animal, á no haber sido detenido en su ciega carrera por el arrojo y la abnegación de un humilde mozo de cordel, Francisco Arias y Nieto, que, no obstante el conocimiento pleno de los peligros á que se exponía, por la circunstancia de haber prestado servicios en el *Instituto antivarránico* del Doctor Ferrán, en Barcelona, y no obstante hallarse desarmado y sin elemento alguno para acometer la lucha, con desprecio de su vida y atento solo á salvar las de los demás, aprisionó al can con sus propias manos, impidió que continuase su peligrosísimo viaje y auxiliado por dos guardias de seguridad, honradamente celosos del cumplimiento de su deber, lo condujo al *Instituto nacional de Higiene de Alfonso XII*, donde murió de la terrible enfermedad cuyo contagio tuvo la fortuna de impedir la valerosa abnegación de Francisco Arias Nieto, el modesto menestral á quien hoy galardonamos.

### Segunda categoría.—Trabajo

Los dos premios correspondientes á esta categoría, han sido concedidos á Luis Carvajal Alvarez y á Cecilio Fresno Valdellar, denunciados, respectivamente, por la marquesa viuda de Martorell, Dama de Honor y Mérito, y por el presbítero D. Julián Andrés y Guinea, de la villa de Camarma de Esteruelas, en esta provincia de Madrid.

Modelos ambos de constancia, de honradez y de laboriosidad, viven aun hoy entregados á una vida tranquila de virtud y privaciones.

El primero, obligado á sostener á su mujer enferma y á sus tres hijos con su mezquino jornal de dos pesetas, aun halló modo de repartirlas generosamente, cobijando en su pobrísimo hogar, en tanto fué preciso, á un matrimonio con cinco hijos,

todos más desdichados que él, puesto que carecían del trabajo en que su improvisado protector encontraba sus haberes; y el segundo, niño aún, vió morir á su padre, único sostén de la familia, por lo que buscando alientos en su propia debilidad y aguijoneado por el deber que su desgracia inexorable le imponía, empezó á trabajar con un empeño impropio, tal vez, de sus pocos años, y fué la providencia para su desdichada madre y para sus cinco hermanitos, que, á no ser por él, se hubieran entregado á la caridad pública. Cincuenta y seis años cuenta ya en el desempeño de su oficio, y, hoy como ayer y por voto unánime de sus vecinos, ha sido siempre reconocido como un verdadero ejemplar de amor al trabajo, de costumbres intachables y de laudable religiosidad.

Bien merecen los que tan resignados soportan su desgracia y encuentran, además, placer en mitigar la ajena multiplicando sin llevar cuenta ni hacer de ellos mención, los sacrificios que impone la dura ley del trabajo en oficios modestos y modestísimamente remunerados, el que la Sociedad le conceda sus estímulos para llevar á su mortificado espíritu el convencimiento de que lejos de haberse agitado en el vacío, han sembrado con su ejemplo, disfrutando, con justicia, los honores de la pública estimación.

### **Tercera categoría.—Amor filial**

No es ciertamente para el ejercicio del bien ni para la práctica de la virtud, para lo que le faltan energías y fortaleza al que se ha dado en llamar sexo débil con justificadísima unanimidad.

La mujer, la hermosa y espiritual mitad del género humano, pródiga siempre en nobilísimos ejemplos—y conste que no soy feminista— parece como que brilla más y con más inimitables resplandores, en todo aquello que se relaciona con la

abnegación y el sacrificio que imponen á los mortales, el socorro de las necesidades y el consuelo de las aficciones de los desheredados.

Y buena demostración de tales afirmaciones, es la suministrada por los dos casos que la *ECONÓMICA MATRITENSE* ha decidido recompensar en este grupo.

Figura en primer término, la Srta. Concepción de María y Alfaro, que, dedicada desde sus más tiernos años á trabajar para sostener, penosamente, á sus padres, viejos y enfermos, sin más distracción que sus labores, ni más espectáculo que el de su hogar entristecido, ha visto deslizarse sin placeres la existencia y ha ido perdiendo poco á poco la salud por falta constante de aire, de alimento, de esparcimiento y de solaz, hasta contraer la cloro-anemia que padece y de la cual aun sabe valerosa prescindir, para perseverar en el puntual cumplimiento de su sagrado deber: y figura en el segundo una desdichada viuda, Laura Gamarra y Hernández, que, para salvar de la miseria á sus padres y sin medir la extensión del sacrificio que se imponía, se restituyó á su hogar, hace ya 18 años, y empezó á trabajar, con más fe que resultado, y agobiada, además, por la pena inconsolable de ver imposibilitada y sin juicio, á la única hija—hoy de veintidós años—fruto desgraciado de su corto matrimonio.

La imperturbable perseverancia, la generosa abnegación y el heróico amor filial de estas dos pobres mujeres, dedicadas exclusivamente á sufrir y trabajar, justifican, al mismo tiempo que mis opiniones sobre la capacidad de su sexo para el bien, la inmaculada justicia con que procede esta Sociedad en la distribución de sus modestísimas mercedes.

### Cuarta categoría.—Servicio doméstico

Como en la anterior, son mujeres, también, las protagonistas de las acciones virtuosas que se van á premiar en esta categoría.

Una de ellas «Agueda Martínez, denunciada por D. Abelardo Serrada, lleva sesenta y tres años sirviendo á la misma familia, habiendo en tan largo período prestado sus cuidados á cuatro generaciones de aquella. Trabajadora cariñosa y fiel en los tiempos prósperos, cuando la desgracia cegó á su amo, supo sacrificar sus ahorros para que el enfermo pudiera acudir, acompañado por ella misma, á las clínicas de París que le habían sido recomendadas por los especialistas de esta Corte.

»Vuelto su amo, sin vista, y con la consiguiente inutilidad, el abnegado lazarillo renunció á un salario que no la podían satisfacer, pero no á la grata obligación de seguir sirviendo á la familia sin más remuneración que su cariño.

»Veinte años lleva en esta situación, y hoy, á los setenta y seis de edad, agobiada por ésta y por una lesión cardiaca, todavía cuida, todo lo que su enfermedad la consiente, á los jóvenes biznietos de sus amos primitivos». (1)

La otra, Cipriana Lozano, denunciada por D.<sup>a</sup> Eloisa Montejo, entró á servir á los quince años de edad. Andando el tiempo, la muerte arrebató al jefe de la familia y al hijo mayor que podría haberle sustituido, quedando abandonada una niña, llamada Soledad, sin disponer de recurso alguno y, para mayor desdicha, imposibilitada de la mano derecha y sin otra esperanza que la voluntad de Dios.

Cipriana, sobreponiéndose á los horrores de la miseria que amenazaban á su señorita, no sólo continuó prestándole sus

---

(1) Lasbennes.—Ponencia de la Sección.

solícitos servicios, sino que la entregó—la regaló, mejor dicho— quinientas pesetas procedentes de una participación de lotería, y que constituyan su único caudal.

Poco duraron, naturalmente, tan escasísimos recursos, pero al agotarse dejaban en pie el remanente de la bondad de Cipriana, quien, sin dejar el servicio íntimo y personal de su protegida, adoptó el poco remunerado oficio de costurera, con cuyos jornales que cuida religiosamente, empezó desde luego á sufragar, y en igual forma sigue, el sostenimiento de ambas en una buhardilla del número 23 de la calle de D. Martín de los Heros, donde habitan.

Aparte de los dichos, y en ésta como en las anteriores categorías, se han encontrado otras denuncias que la Sociedad hubiera querido atender, por ser verdaderamente meritorios los actos á que se refieren, pero ante la ineludible necesidad de ceñirse á los exiguos capitales de que dispone, habrá de limitarse á felicitar efusivamente á los autores de los hechos virtuosos, animándoles á perseverar en su laudable conducta y significándoles sus sinceros deseos de poder premiarles en el próximo reparto, cuya realización no habrá de retardarse.

\*  
\* \*

He terminado.

Bien hubiera querido que esta *Memoria*, en que he procurado bosquejar las intimidades de la Económica, su vida actual y la marcha de sus asuntos, hubiera sido una nota alegre, un canto á la prosperidad, un panorama de risueñas perspectivas iluminadas por el sol de la esperanza; pero, pese á mis buenos y decididos propósitos, no lo pude ó no lo supe conseguir.

O porque la realidad de las circunstancias lo impusiera, ó porque son oscuros los cristales de los lentes con que escribo, es lo cierto que lo que quisiera alegre, resultó triste; som-

brío lo que debiera ser luz, é ingrato lo que debiera reflejar placer.

Ayudad todos al remedio si los males denunciados son, como creo, abrumadora realidad; pero si no es así, si mis afirmaciones fueron solo ficción de un espíritu extraviado, concededme perdón á cambio de la enmienda, que yo os prometo formalmente no volver jamás en esta forma á importunaros.

Y vosotros, los que por vuestra honradez, vuestra abnegación y vuestra laboriosidad habéis merecido ser proclamados esta noche paladines de la virtud, enorgulleceos con orgullo santo de los modestísimos premios alcanzados, fortaleced vuestra voluntad con el aplauso que los buenos os prodigan, perseverad humildes en el duro cumplimiento del deber sagrado, y tened fe para esperar tranquilos la recompensa suma que por todo satisface, el tesoro de los bienaventurados, la sacrosanta bendición de Dios.

MANUEL DE SARALEGUI Y MEDINA.

Madrid, Junio de 1909.



# UN ALMA

---

## I

Yo quisiera cantar á aquellos ojos  
que llenaban de luz aquella cara;  
yo quisiera cantar de sus pupilas  
las mil coloraciones irisadas,  
en las que sus cristales  
deshacían la luz blanca  
que salía de allá dentro,  
del fondo de aquél alma;  
yo quisiera cantar la competencia  
que á la celeste bóveda azulada  
hacían aquellos ojos,  
en la que su victoria proclamaban;  
yo quisiera cantar su transparencia  
que permitía á su interior de santa  
asomarse riente á sus facciones  
y de puros destellos inundarlas,  
dejando libre el paso, al mismo tiempo,  
á ese puro mirar que nunca ultraja,  
porque sólo pretende  
en su amorosa hondura, firme y franca,  
sorprender en un alma sus secretos  
y contemplar sus márgenes selladas;  
yo quisiera cantar la luz sincera  
de su mirada clara,  
que verdades decía

y mentiras odiaba,  
y que no era capaz de disfrazarse  
con la hipócrita máscara  
de puros sentimientos no sentidos,  
ni de grandes bellezas no soñadas;  
yo quisiera cantar sus hermosuras  
y su viveza extraña;  
yo quisiera cantar á aquellos ojos  
que inundaban de luz aquella cara  
y tenían todo el brillo de la idea,  
del fuego intelectual, la chispa mágica,  
del alma, la belleza,  
de la conciencia, la apacible calma,  
del amor, la dulzura,  
de la fe, la esperanza,  
de la humildad, la santa cobardía,  
de la pureza, la mirada casta,  
del recato, la poética modestia,  
de la resignación, la fuente mansa.  
Yo quisiera cantar de sus destellos,  
yo quisiera cantar de sus miradas  
la intensidad profunda de unas veces  
y de otras su expresión serena y vaga,  
como mirando lejos de este mundo  
con amor y nostalgia.  
Yo quisiera cantar á su elocuencia  
sublime, prodigiosa, soberana,  
que con la rapidez de la centella  
y el fulgurar que la centella fragua  
describe sentimientos que no caben  
en el pobre decir de la palabra.  
Yo quisiera cantar... pero no canto,  
que hay cosas que cantando se profanan,  
porque solo son hechas  
para ser contempladas

por muda admiración de los humanos,  
como vemos del culto las alhajas,  
y porque el Poderoso  
á quien cupo la gloria de crearlas,  
no nos quiso dejar voz suficiente  
en aquesta misérrima garganta  
ni palabras, ni lengua, ni talento,  
nos quiso conceder para cantarlas.

## II

Un día memorable  
que embebido sus ojos contemplaba,  
perdiéndome en su hondura  
serena y reposada,  
fui inconscientemente penetrando  
en el santo interior de aquella santa;  
se hacía mi mirar más insistente,  
y al par más transparente su mirada;  
me lancé á la conquista de sus ojos  
esperanzado de rendir la plaza,  
para otros plaza fuerte  
y que á mí se entregaba;  
no sé qué extraño impulso,  
no sé qué fuerza extraña,  
no sé qué sentimiento irresistible,  
nuestras fijas pupilas imantaba,  
y daba á nuestros cuerpos  
la fijeza de estatuas.  
Yo ya no percibía  
las perfectas facciones de su cara,  
y contemplaba solo de sus ojos  
las órbitas serenas y diáfanas

que me abrían el mundo de su espíritu  
y me abrían un mundo de esperanzas.  
Seguí peregrinando á través de ellos  
lleno de fé, de amor y de constancia,  
hasta que en un momento  
de suprema ventura inesperada,  
me encontré sorprendido y admirado  
de su interior, en la región sellada.  
¡Qué bellezas! ¡qué esplendores! ¡qué hermosuras!  
tan recónditas, ocultas y lozanas  
pude ver en el fondo luminoso  
de aquel alma ignorada.  
Aquel alma era un templo de grandeza  
que ostentaba de Dios la semejanza,  
y cuyo altar mayor, brillante y rico,  
al Dios su creador se dedicaba;  
bajé la vista de tan alto trono  
y ví sobre las gradas  
al que era sacerdote de aquél culto,  
al corazón que arrodillado oraba,  
siendo alma de aquél templo  
y alma de aquél alma.  
Para cristianizar los sentimientos  
que en su recinto entraban,  
que en su seno nacían,  
para limpiar las manchas  
de pasiones, lascivias é impurezas  
con que los pensamientos la ensuciaban,  
vertidas del arcano del dolor,  
por arrepentimiento derramadas,  
siendo nuevo Jordán de mil pecados,  
siendo perlas del mar de la desgracia,  
ofrecían su rico valimiento  
al caudal de las lágrimas,  
que eran agua bendita

para tan altos fines consagrada.  
Del rico altar mayor á la derecha  
al culto familiar otro se alzaba,  
y á la virtud alzábase á la izquierda  
uno hermoso de plata  
ante el cual las pasiones,  
como si fuesen velas, se quemaban;  
otro se alzaba á la resignación  
que ricamente ornada  
bajo su pie valiente, aunque pequeño,  
decidida y enérgica aplastaba  
el cuerpo retorcido,  
la cabeza chata,  
de la horrible serpiente  
rabiosa, babeante, envenenada,  
que desesperación sorda rugía,  
siendo de ella emblemática.  
También el sacrificio  
canonizado estaba  
y en caso necesario  
ante su altar de nácar  
celebrábase un culto solemnísimo,  
subiendo alta, muy alta,  
la columna de incienso,  
que en valioso holocausto se quemaba  
y bajando al altar los mismos ángeles  
á llevarse las preces en sus alas.  
Extasiado seguí de aquellos ojos  
atravesando la frontera franca  
que para mis miradas atrevidas  
no imponían aduanas,  
y ví del templo que guardar sabían  
en las robustas tapias,  
de antiguos sacerdotes  
sepulturas cerradas;

ambición, vanidad, odio, egoismo  
y otros á quienes la sesuda parca  
fué sentenciando á muerte  
en épocas lejanas,  
como castigo á su dañino influjo  
y á sus acciones malas,  
desde el horrible fondo  
de sus tumbas heladas  
con elocuencia muda  
de las victorias de aquel alma hablaban.  
Un foco luminoso,  
con sus activas llamas,  
llenaba todo el templo de fulgores;  
era la razón clara.  
Ante el altar de Dios  
aparecía colgada  
la lámpara de amor  
que nunca se apagaba,  
y atravesando dulce los cristales  
de sus altas ventanas  
llenaba de poesía todo el templo  
el rayo de la gracia.  
De fe estaban formados  
el suelo, los cimientos, las murallas;  
la voluntad alzaba las paredes  
y su alta techumbre abovedada  
hecha de sentimiento  
era la que valiente soportaba  
las tormentas, los rayos de la vida,  
los granizos, las nieves y las aguas  
¡qué bellezas! ¡qué esplendores! ¡qué hermosuras!  
tan recónditas, ocultas y calladas  
pude ver en el fondo luminoso  
de aquel alma cristiana.

Cuando volví á salir de aquél arcano  
y me encontré del pórtico en la arcada  
ví con sorpresa que sus ojos bellos  
que tanto me encantaban  
eran de pobre arcilla, de frágil argamasa.  
¡Ahl indudablemente la belleza  
que mayor luz irradia,  
la mejor, la más sólida y más firme,  
la que nunca se acaba,  
no se encuentra en los cuerpos  
y es preciso buscarla  
ahondando del espíritu  
en la oculta morada;  
¡con qué clarividencia entendí entonces  
aquella antigua máxima  
dicha mil y mil veces  
por gente buena y sabia,  
desofda de necios,  
por todos los discretos admirada!  
«Si rebosan belleza muchos ojos  
es porque la reciben de las almas.»

LUIS MARTÍNEZ KLEISER.

En un rico lugarejo,  
para el caso no hace el nombre,  
encontréme á un pobre hombre  
solitario, enfermo y viejo.

Cubría un pardo ropón  
á su limpio y pobre traje;  
y una sola habitación  
con mesa, cama y jergón,  
eran su único hospedaje.

Desayuna un panecillo  
que á turno danle en las lonjas;  
y haciendo de monaguillo  
logra un almuerzo sencillo  
en un convento de monjas.

Por ser valetudinario,  
es su trabajo diario  
si algún recado hay que dar;  
y así á vez logra cenar,  
mas siempre reza el rosario.

Si alguien sufre algún quebranto,  
él le acompaña y consuela;  
y á enfermo que cause espanto,  
él siempre le asiste y vela  
y acompaña al Campo Santo.

Al que estar triste imagina  
le alegra con sus cariños;  
aloja al que así camina;  
y á la tarde la doctrina  
enseña á los pobres niños.

Para nadie es importuno;  
acepta si algo le dan,  
y aun sin recurso ninguno,  
siempre guarda algo de pan  
por si halla más pobre alguno.

Nada malo hace ni dice;  
y al verle en tan nobles modos,  
no hay quien ante él se deslice:  
como él á todos bendice,  
así á él le bendicen todos.

Yo, en cambio, en aquel confin  
y del pobre á corto espacio,  
vivía en un gran palacio  
con un hermoso jardín.

Vestí de pies á cabeza  
los nuevos y ricos trajes;  
muy bien servida mi mesa,  
y en espléndidos carruajes  
descansaba la pereza.

Muchas veces al salir  
lograba al pobre encontrar,  
y me daba en preguntar:  
¿Qué pudiera yo pedir?  
Como él ¿qué pudiera dar?

Pasó así un largo intervalo;  
él haciendo el bien de lleno,  
yo dándole algún regalo;  
siendo él cada vez más bueno,  
no siendo yo nunca malo.

Llegó un día ¡triste día!  
que la noticia voló  
de que el pobre se moría,  
y todo el pueblo corrió  
á consolar su agonía.

Fuí yo también tras las gentes,  
hallándole en dulce calma,  
y en miradas sonrientes,  
y en oraciones fervientes  
se le iba saliendo el alma.

De sus cruentos dolores  
ni demostraba disgusto,  
que al amor de los amores  
parece que muere el justo  
sobre un tálamo de flores.

Pues del dolor los quebrantos  
del bueno al morir se apartan,  
que cual el bien hizo á tantos,  
como el dolor se repartan,  
sin él morirán los santos.

Y al ir el pobre á espirar,  
no sé qué llegué á sentir,  
haciéndome averiguar  
que algo al fin puedo pedir,  
y que él mucho puede dar.

Y con humilde expresión  
me arrodillé ante su cama;  
le pedí su bendición,  
y dije: «pues Dios os llama,  
por Dios, dadme una oración.»

Comprendí que me escuchaba,  
y en divino sobresalto  
á mi cabeza tocaba;  
y alzando la diestra en alto  
un rumor balbuceaba.

Su bendición advertí.  
¡Música más placentera  
jamás se dijo, ni oí,  
pasara la vida entera  
siempre escuchándola en mí.

Y se goza mi memoria  
en lo que al pobre pedía,  
y en avivarme la historia  
de cómo el justo moría  
dejándome ver la gloria.

Me hizo el regalo mayor  
que no hay más grande quizás;  
pues por su ejemplo y favor  
me voy haciendo mejor  
y ambiciono serlo más.

¡Oh, qué necio tuí en decir:  
—Yo, rico ¿qué he de pedir?  
—Pobre él ¿qué puede otorgar?  
¡Y me enseñó á bien morir!  
Que es el más supremo dar.

EL MARQUÉS DE CERRALBO.

## JURADO

- Excmo. Sr. Marqués del Vadillo, Presidente.  
 » » D. Manuel Molina y Molina, Vicepresidente 1.º  
 Ilmo. Sr. D. Gabriel Sánchez y Alonso-Gasco, Censor.  
 » » Antonio Gómez Vallejo, Tesorero.  
 » » César de Eguílaz y Bengoechea, Contador.  
 Excmo. Sr. D. Juan Catalina García, Secretario general.  
 Ilmo. Sr. D. Manuel de Saralegui y Medina, Secretario del  
 Jurado.

### **Primera categoría.—Heroísmo y abnegación**

- Excmo. Sr. D. Manuel de Foronda.  
 Ilmo. Sr. D. Juan de Macías y Juliá.  
 » » Ricardo Moragas y Ucelay.  
 Sr. D. Marcelino Gesta y Leceta.  
 » » Eduardo Corredor y García.  
 » » Casto María del Rivero, Suplente.  
 » » Eduardo Tejeiro, Suplente.

### **Segunda categoría.—Trabajo**

- Ilmo. Sr. D. José Vignote Wunderlich.  
 Sr. D. Vicente Morán de Burgos.  
 » » Manuel Fernández y Fernández Navamuel.  
 Ilmo. Sr. D. Faustino Prieto y Pazos.  
 » » Joaquín Olmedilla y Puig.  
 Sr. D. Andrés Borrego, Suplente.  
 » » Alfonso Rico.

### **Tercera categoría.—Amor filial**

Sr. D. Federico Checa y Egido.

- » » Federico Pérez Juana.
- » » Luis Martínez Kleiser.
- » » José Brotons y Agramunt.
- » » José María Nocetti.
- » » Francisco Núñez Moreno, Suplente.
- » » Antonio Gómez Vallejo y Estribera, Suplente.

### **Cuarta categoría.—Servicio doméstico**

Ilmo. Sr. D. José Ubeda y Correal.

Sr. D. Luis Lasbennes Jáuregui.

- » » José Zahonero.
- » » Primitivo Artigas.
- » » Eugenio Prieto Rodríguez.
- » » Vicente Mezquita, Suplente.
- » » Antonio de la Morena, Suplente.



## ACCIONES PREMIADAS

## HEROISMO Y ABNEGACIÓN

Premio de 250 pesetas: D. Francisco Arias Nieto.  
Idem de íd., íd.: Desierto.

## TRABAJO

Premio de 250 pesetas: D. Luis Carvajal y Alvarez.  
Idem de íd., íd.: D. Cecilio Fresno Valdellao.

## AMOR FILIAL

Premio de 250 pesetas: D.<sup>a</sup> Concepción de María Alfaro.  
Idem de íd., íd.: D.<sup>a</sup> Laura Gamarra y Hernández.

## SERVICIO DOMÉSTICO

Premio de 250 pesetas: D.<sup>a</sup> Agueda Martínez Flores.  
Idem de íd., íd.: D.<sup>a</sup> Cipriana Lozano.





